

dero pascual!—Se ha librado un maravilloso combate entre la muerte y la vida: el Autor de la vida triunfa de la muerte y reina sobre ella.—Decidnos, María de Magdalo, ¿qué habeis visto yendo al sepulcro?—He visto la tumba vacía y á Jesus lleno de vida; he visto la gloria de su resurreccion; he visto los ángeles testigos, el sudario y los lienzos que lo envolvian. . . .”

Se concibe fácilmente esta alegría. La resurreccion de Jesus es el hecho fundamental de su reino, la sancion de su divinidad, el sello de las promesas del cielo, el signo y la seguridad de la redencion humana, el primer paso en la carrera, el primer triunfo, prenda cierta de todos los triunfos en el porvenir: “Si Jesucristo no ha resucitado, dijo el Apóstol á los corintios, nuestra predicacion es vana y nuestra fé es vana tambien; *porque estais todavía en vuestros pecados.*” En efecto, corrompiendo la libertad humana por el goce del placer prohibido, Satanás habia producido la muerte; pero Jesucristo, santificando la libertad por el sufrimiento voluntario y generoso de una muerte inmerecida y expiatoria, del pecado de que habia estado manchada, debia nacer la vida; porque así como por la desobediencia de uno solo, un gran número han venido á ser pecadores, así por la obediencia de uno solo un gran número vendrán á ser justos; y como el pecado habia reinado dando la muerte, del mismo modo la gracia reinará por la justicia dando la vida eterna. Habiendo sido armada la muerte para continuar el castigo de la falta original, la derrota de este terrible ministro de la justicia vengadora, deberia ser una señal cierta del avenimiento de la potestad regeneradora del mundo; era este el golpe mas grande al imperio de Satanás. ¡Levantad, pues, vuestra alma abatida, desterrados del paraiso terrestre! Este enemigo implacable, desesperacion de vuestra raza desgraciada, ha sucumbido ya; y ahora sabeis que ya no es invencible, y que el alto poder que lo ha vencido, sabrá muy bien libraros de los tiros de sus dardos mortíferos.

El apóstol San Pablo es el que nos hace penetrar mas profundamente en el gran misterio de la resurreccion; sus luminosas esplicaciones hacen entender á nuestro débil espíritu que ellas tienen un origen mas elevado que la nada de la ciencia humana. “Jesucristo, dice él, ha sido revestido de carne y de sangre como nosotros, y por su muerte ha destruido á aquel que tenia el imperio de la muerte, es decir, el demonio; y ha puesto en libertad á los que el temor de la muerte mantenía toda su vida en la servidumbre. Jesucristo resucitado de entre los muertos no muere mas; la muerte no tiene ya imperio sobre él. Ha muerto y ha resucitado, á fin de adquirir un imperio soberano sobre los vivos y sobre los muertos. Él ha venido á ser las primicias de los que duermen en el sepulcro; porque si por un hombre ha venido la muerte, es por un hombre tambien por el que nos viene la resurreccion; y como todos mueren por Adam, todos revivirán tambien por Jesucristo. No se habrá consumado todo, sino cuando Él haya entregado su reino á Dios su Padre, y haya aniquilado todo imperio, toda dominacion y todo poder; *porque Él debe reinar hasta que Dios haya puesto á sus piés á todos sus enemigos; pero la muerte será el último enemigo que será destruido*, puesto que, segun dice la Escritura, Dios ha abatido todo á los piés de la muerte, ha sometido todo á su poder. Y cuando ella dice que todo le está sometido, es indudable que debe esceptuarse al que le ha sometido todas las cosas. Y despues que todas las cosas estén sometidas al Hijo, el Hijo entonces estará él mismo sometido á Aquel que habrá puesto todo bajo su dominio á fin de que Dios sea todo en todos.”¹

Resucitando á su Hijo, Dios, como se ha visto, no queria solo hacer un milagro notable, sino que se habia propuesto tambien un gran designio, porque Jesucristo no habia venido con el solo fin de morir y salir de la tumba para sorpren-

1 Epist. á los Corint, c. 15.

der al mundo con un prodigio que la historia referirá con asombro, pero que habria sido infructuoso para la humanidad: los profetas le asignan una mision mas saludable, mas divina: ellos anunciaron de antemano que destronado el espíritu del mal, se restableceria en el mundo el reinado de Dios, el reinado de la verdad, de la virtud y de la dicha, sometiendo todos los hombres á su santa doctrina. "Pide, Hijo mio, le habia dicho, y yo te daré las naciones por herencia y la tierra por impeio. Los pueblos te obedecerán en el dia de tu fuerza, en medio del esplendor de tus santos. Yo reduciré á todos tus enemigos, á servirte de escabel. Tú establecerás la sabiduría sobre la tierra; las islas lejanas recibirán tu ley; yo te daré por signo de alianza á mi pueblo, y por luz á las naciones." Tales eran los destinos predichos á Jesucristo; destinos que no debian súbitamente cumplirse, pero sí seguir la marcha de la humanidad desarrollándose gradualmente con ella en su movimiento de regeneracion. Pero este movimiento es lento; muchos siglos se sucederán todavía antes que la tierra haya llegado á la edad completa del Cristo: esto no será sino al fin del tiempo en que las palabras proféticas hayan tenido completa realizacion. ¿No era desde entonces muy necesario que nos difundiésemos, seguros en esta esperanza, á fin de saber si Jesucristo era verdaderamente el Redentor prometido, el guia que debia conducirnos por la senda de que nos hemos apartado desgraciadamente?

Jesucristo no rechazaba ya la herencia de gloria que le estaba reservada. "Reinará eternamente sobre la casa de Jacob, y su reino no tendrá fin," decia el ángel anunciando su nacimiento; y Él mismo comparaba su reino á un pequeño grano de mostaza, que, débil planta al principio, se eleva por crecimientos sucesivos hasta tomar las proporciones de un árbol tan vasto, que llegaria á cubrir con su ramaje toda la tierra, y á prestar el asilo de su sombra á todas las aves del cielo.

"Mi Evangelio, dice con seguridad, será predicado en todo el universo; id y enseñad á todas las naciones; yo atraeré todo hácia mí." Sus apóstoles y sus discípulos no han cesado de repetir este lenguaje de su Maestro. Era sin duda necesario que Jesucristo estuviese muy seguro de su mision y de su poder divino para apropiarse de este modo el porvenir; porque cada dia un hecho contrario podria venir á desmentir sus palabras, y á sepultar en la vergüenza y el desprecio sus audaces proyectos. Con todo, era indispensable que probase al mundo que sus predicciones no eran las presuntuosas mentiras de un sectario entusiasta, que queriendo escitar una fé ardiente en el espíritu de sus adeptos, abusa de su imaginacion y la exalta con promesas de un brillante porvenir, á fin de que ellos procuren con toda su actividad alcanzarlo; porque como lo dijo San Pablo, si está anunciado que Dios debe conducirlo todo á los piés de Jesucristo, nosotros no vemos, sin embargo, todavía que todo le esté sometido. ¿Qué hará, pues, para demostrar que nada debe resistir á su voluntad dominadora?

Puesto que hay aquí abajo un poder superior á todo otro poder, que lo destruye todo, al hombre con su inteligencia, al animal con su fuerza, al vegetal con su tejido indestructible muchas veces en la apariencia, á la materia insensible, en fin, á pesar de la resistencia que opone su inercia; alcanzar la victoria sobre este poder destructor y universal, ¿no era dar una prueba irrecusable de una capacidad de dominacion soberana sobre la tierra? Pero Jesucristo no vacila en luchar con la muerte, y pareció sucumbir bajo de sus golpes. La muerte cree haberle derribado como á tantos otros; mas vedle ya cual vigoroso atleta, burlando de repente el triunfo de su enemigo, salir vivo y resplandeciente del sepulcro. Así es como ha sido vencido el primero, el mas alto poder del mundo: porque él no tenia fuerza contra el nuevo Adam, que subyugándolo, ha hecho ver que podia someterlo todo, y que le estaba reservado el dominio universal.

La cruz, que parecia ser el signo de la derrota, ha venido á convertirse en estandarte de triunfo. En vano es que la muerte haya desplegado todos sus tormentos para aniquilar al Hijo del Hombre sobre ese lecho de dolor; la cruz se levanta delante de ella y le recuerda su impotencia con una ironía divina. Como un gigante infatigable va á marchar á la conquista del mundo, y cuando todas las naciones hayan aceptado su yugo, y una tras otra se hayan prosternado á su pié en una efusion de reconocimiento y de amor, ella aparecerá brillante de gloria mas allá de las nubes del cielo, llevada por el Hijo del Hombre, que en su majestad vendrá á juzgar la tierra y á abatir para siempre la muerte, despues de haberla hecho asistir á la ruina entera de su imperio: *In hoc signo vinces.*

Se puede ahora comprender el verdadero sentido de la resurreccion de Jesucristo, la razon divina que presidió á este gran milagro. Era una realizacion anticipada de las profecías, una certidumbre de su cumplimiento; y los primeros fieles, que no pudieron como nosotros presenciar todos los prodigios verificados despues por la cruz, empezaban á ser, viendo á ese Jesus muerto sobre ella y coronado de tanta gloria y de tanto honor, empezaban á ser, decimos, los testigos presentes de toda su grandeza futura; y nosotros mismos, que nos encontramos colocados en un punto mas distante del tiempo, sabemos de antemano é infaliblemente que la cruz no se detendrá en su carrera victoriosa; que sus enemigos, anunciando siempre y preparando en vano su ruina, sucumbirán sin poder acabar su obra impía, en tanto que ella, por el contrario, siempre triunfante y adorada, se elevará sobre ellos y gozará de un imperio perdurable.

Vamos ahora á estudiar en sí mismo el principio regenerador de la cruz; y hecho esto, la seguiremos despues en sus manifestaciones visibles, en las obras maravillosas que ha obrado, y en las luchas que ha sostenido y sostiene aún contra el principio del mal que ha venido á combatir.

CAPITULO IX.

Del misterio de la Cruz.

¿Qué viene á ser la cruz? ¿qué es lo que ha hecho por el bien de la humanidad?—Hemos visto ya que antes de su aparicion, el hombre habia no solamente trabajado sin fruto para levantarse de su caida, sino que por el contrario, se habia ido hundiendo mas y mas en el profundo abismo de la corrupcion. Sin embargo, desde el fondo de este abismo dirigia al cielo sus miradas, y esperaba siempre con una confianza perseverante el socorro prometido por los antiguos oráculos. Su esperanza no ha sido engañada, el socorro ha venido. El árbol regenerador ha sido plantado sobre la montaña de Sion.—Procuremos ahora explicar este gran misterio.

El hombre, como hemos establecido anteriormente, habia caido por su desobediencia al precepto de Dios y por su comercio con el espíritu impuro. Sobre él gravitaba el peso de una falta, y en él mismo habia una especie de germen diabólico, que debia ser el manantial de un inmenso desbordamiento de iniquidad. Así Dios, cuya pureza infinita no puede soportar ni la sombra del mal, habia entregado el hombre á merced de Satanás, que usurpó en la tierra todos los derechos de Dios, ejerciendo horribles estragos y fecundando á su placer la simiente funesta que en ella habia depositado. ¿Cómo salir de esta espantosa servidumbre? ¿cómo romper estas cadenas que el tiempo habia tan sólidamente remachado?—Para volver á colocar á la humanidad en su condicion nativa y verdadera, se comprende que tres cosas